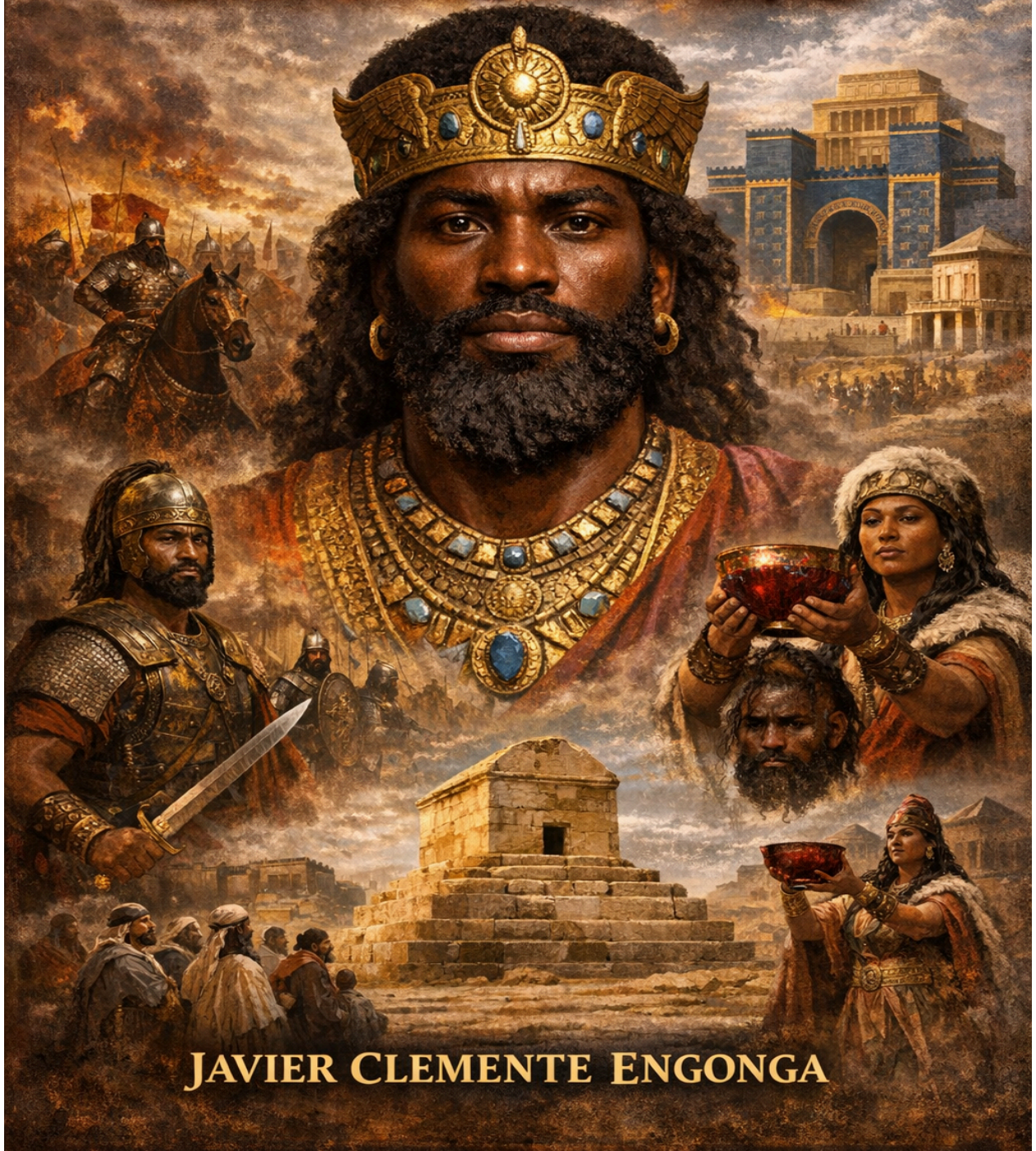


CIRO, EL DEDO DE DIOS



JAVIER CLEMENTE ENGONGA

Aviso de Copyright para el Documento: "CIRO, EL DEDO DE DIOS: Historia del hombre que cambió el destino del mundo™."

Copyright © 2026 por Javier Clemente Engonga Avomo.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de copyright.

Para solicitudes de permiso, por favor contacte al autor en:

info@theunitedstatesofafrica.org

Publicado por [The United States of Africa Ltd.](#)

Esta obra está protegida por leyes internacionales de copyright. El uso, distribución o reproducción no autorizada de cualquier contenido de este libro puede resultar en sanciones civiles y penales y será perseguido con el máximo rigor de la ley.

CIRO, EL DEDO DE DIOS

Historia del hombre que cambió el destino del mundo

[The Africa A.I™ - A.I. Made in Africa](#), creado y desarrollado tecnológicamente en África por [Javier Clemente Engonga™](#), Primus Inter Pares (Primero Entre Iguales).

PREFACIO DEL AUTOR

El destino, la fe y el poder

*“Este libro no es solo la historia de un emperador.
Es la historia de cómo el destino, la fe y el poder pueden converger en un solo hombre.”*

La historia humana está llena de conquistadores.

Reyes que levantaron imperios con la espada y los perdieron con el tiempo.

Sin embargo, muy pocos hombres han sido recordados no solo por el poder que alcanzaron, sino por la huella moral y espiritual que dejaron en la historia.

Uno de esos hombres fue **Ciro el Grande**.

Hace más de dos mil quinientos años, desde las montañas y llanuras de Persia surgió un líder que transformó el mundo antiguo.

Un hombre que unió pueblos distintos, lenguas diferentes y religiones múltiples bajo un mismo imperio.

Su nombre se encuentra en tres grandes tradiciones de la memoria humana:

- en la historia persa
- en los relatos de los historiadores griegos
- y en los textos sagrados del **Libro de Isaías**, donde aparece mencionado por su nombre mucho antes de su nacimiento.

Ese hecho singular convirtió a **Ciro** en una figura casi única en la historia: un emperador extranjero llamado **“ungido”** en una tradición religiosa que no era la suya.

Pero más allá de la religión o la política, la figura de **Ciro** representa algo todavía más profundo.

Representa la posibilidad de gobernar sin destruir.

De conquistar sin borrar las culturas conquistadas.

De construir un imperio basado no solo en la fuerza, sino en la administración, la tolerancia y la estabilidad.

Bajo su liderazgo nació el **Imperio aqueménida**, que durante siglos sería el mayor imperio que el mundo había conocido.

En esta obra, la historia de Ciro se cuenta desde una perspectiva narrativa en primera persona.

No se trata de una simple crónica histórica.

Tampoco de una biografía académica.

Es una reconstrucción literaria basada en hechos históricos conocidos, combinada con imaginación narrativa para acercarnos a la mente, los pensamientos y el destino de uno de los personajes más extraordinarios del mundo antiguo.

Aquí, Ciro habla.

Habla como rey.

Como guerrero.

Como fundador de un imperio.

Pero también como un hombre consciente de que su vida estaba siendo arrastrada por fuerzas que quizá iban más allá de su propia voluntad.

Fuerzas que algunos llamarían historia.

Otros destino.

Y otros, simplemente, **la mano de Dios moviendo los hilos del mundo.**

APÉNDICE HISTÓRICO

Ciro el Grande y las fuentes de la historia

La figura de **Ciro el Grande** ocupa un lugar fundamental en la historia del mundo antiguo.

Nacido aproximadamente entre **600 y 590 a.C.**, **Ciro** fue el fundador del **Imperio aqueménida**, el primer gran imperio persa.

En pocas décadas, su liderazgo transformó un pequeño reino regional en una potencia imperial que se extendía desde Asia Central hasta el Mediterráneo.

Las principales fuentes históricas

Nuestro conocimiento sobre **Ciro** proviene de varias tradiciones históricas y arqueológicas.

Entre las más importantes destacan:

Historiadores griegos

El relato más conocido procede del historiador griego **Heródoto**, quien describió la vida y conquistas de **Ciro** en su obra *Historias*.

Otros autores como **Jenofonte** también escribieron sobre él, especialmente en la obra **Ciropeia**, que presenta a **Ciro** como modelo ideal de gobernante.

Fuentes arqueológicas

Uno de los documentos más importantes relacionados con **Ciro** es el **Cilindro de **Ciro****, descubierto en Babilonia en el siglo XIX.

En esta inscripción, **Ciro** declara haber restaurado templos, permitido el retorno de pueblos desplazados y respetado las tradiciones religiosas locales.

Por esta razón, algunos historiadores han considerado el cilindro como una de las primeras declaraciones de política de tolerancia religiosa en la historia.

Tradición bíblica

La Biblia también menciona a Ciro en varios pasajes, especialmente en el **Libro de Isaías**.

En estos textos se afirma que Ciro permitiría el regreso del pueblo judío exiliado en Babilonia y autorizaría la reconstrucción del templo de Jerusalén.

Después de la conquista de Babilonia en **539 a.C.**, Ciro emitió decretos que permitieron efectivamente el regreso de los judíos a su tierra.

Este hecho le otorgó una reputación singular en la tradición religiosa judía.

La muerte de Ciro

Las circunstancias de la muerte de Ciro no están completamente confirmadas.

Según **Heródoto**, el emperador murió en combate alrededor del **530 a.C.** durante una campaña contra los **masagetas**, un pueblo nómada de Asia Central liderado por la reina **Tomiris**.

Algunas versiones relatan que la reina derrotó al ejército persa en una batalla brutal y ordenó colocar la cabeza de Ciro en un recipiente lleno de sangre como acto de venganza por la muerte de su hijo.

Aunque esta historia es famosa, algunos historiadores consideran que puede contener elementos legendarios.

La tumba de Ciro

Ciro fue enterrado en **Pasargada**, la capital ceremonial del imperio que él mismo había fundado.

Su tumba sigue existiendo hoy y es uno de los monumentos más importantes de la antigua Persia.

Cuando siglos después **Alejandro Magno** conquistó el imperio persa, visitó la tumba de Ciro y ordenó que fuera respetada.

Historia y reconstrucción narrativa

El presente libro combina hechos históricos documentados con reconstrucción literaria.

Los eventos principales —las conquistas, la caída de Babilonia, el regreso de los judíos, y la expansión del imperio persa— están basados en fuentes históricas conocidas.

Sin embargo, los pensamientos, diálogos y reflexiones atribuidos a Ciro forman parte de una **interpretación narrativa** destinada a acercar al lector a la dimensión humana del personaje.

De esta manera, la obra busca unir dos dimensiones:

la historia documentada
y la imaginación literaria.

Porque a veces, para comprender verdaderamente el pasado, no basta con conocer los hechos.

También es necesario intentar escuchar la voz de quienes lo vivieron.

CIRO, EL DEDO DE DIOS

Historia del hombre que cambió el destino del mundo

INTRODUCCIÓN

Yo, Ciro

Mi nombre es Ciro.

Durante siglos los hombres han pronunciado ese nombre en palacios, templos, bibliotecas y campos de batalla. Algunos me llamaron **rey de reyes**, otros **conquistador**, otros **libertador**, y hubo quienes dijeron que fui **el ungido del Dios de Israel**.

Pero antes de todo eso fui simplemente un niño nacido entre montañas y llanuras, bajo el sol ardiente de Persia.

Muchos han contado mi historia.

Los griegos escribieron sobre mí.

Los sacerdotes de Babilonia grabaron mi nombre en arcilla.

Los judíos lo conservaron en sus libros sagrados.

Y siglos después, cuando otro conquistador llamado Alejandro Magno llegó a mis tierras, caminó hasta mi tumba en Pasargada y ordenó que nadie la profanara.

Pero ninguna de esas historias fue contada por mí.

Ahora hablaré yo.

Hablaré de un mundo antiguo donde los imperios nacían y morían como tormentas, donde los dioses eran invocados antes de cada batalla y donde los hombres creían que el destino estaba escrito en los sueños de los reyes.

Hablaré de Persia.

Una tierra de montañas azules, de llanuras interminables y de pueblos orgullosos que caminaban erguidos bajo el cielo abierto.

Mis antepasados no eran esclavos ni reyes débiles.
Eran guerreros de la estepa y del desierto.

Nuestros rostros estaban quemados por el sol.
Nuestra piel era oscura como la tierra fértil después de la lluvia.

Los hombres de Persia llevaban largas barbas negras, ojos profundos y la mirada firme de quienes han aprendido a vivir entre el hierro y el viento.

Así nos representamos en piedra.

Si un día caminas entre las ruinas de Persépolis, verás nuestros rostros esculpidos en relieves antiguos: hombres de piel oscura, cabellos espesos y túnicas largas, avanzando en silencio eterno hacia los palacios del imperio.

Ese era mi pueblo.

Los persas.

Cuando yo nací, el mundo estaba dividido entre reinos poderosos.

En el oeste gobernaba el rico reino de Lidia, donde el oro corría como agua.

En el sur se alzaba la antigua y orgullosa Babilonia, ciudad de murallas gigantes y templos dedicados a dioses antiguos.

Y por encima de nosotros dominaba el imperio de los medos, gobernado por mi propio abuelo:

Astiages.

Él era un rey poderoso.

Pero también era un hombre perseguido por sueños.

Porque una noche soñó conmigo.

Soñó que yo, su propio nieto, crecería hasta derribar su imperio.

Los sueños de los reyes son peligrosos.

A veces construyen ciudades.

A veces destruyen familias.

A veces hacen que un abuelo ordene matar a su propio nieto.

Así comenzó mi historia.

No como la historia de un príncipe destinado a gobernar.

Sino como la historia de un niño que debía morir antes de aprender a caminar.

Pero el destino es una fuerza extraña.

Los hombres creen que dominan el mundo con ejércitos y coronas, pero muchas veces es el mundo quien decide el destino de los hombres.

Yo sobreviví.

Crecí entre pastores y montañas.

Aprendí a cabalgar antes de aprender a leer.

Aprendí a sostener una lanza antes de saber que algún día sostendría un imperio.

Cuando era joven no sabía nada de profecías.

No sabía que en tierras lejanas, entre los sacerdotes de un pueblo exiliado, un profeta llamado Isaías había pronunciado mi nombre mucho antes de que yo respirara por primera vez.

Ni sabía que ese nombre estaba escrito en el Libro de Isaías como el nombre de un rey destinado a liberar pueblos y derribar imperios.

No.

Cuando era joven yo solo sabía tres cosas.

El peso de una espada.

El sonido del viento sobre las montañas de Persia.

Y la mirada orgullosa de mi pueblo.

Los persas no éramos el pueblo más rico del mundo.

Ni el más poderoso.

Pero éramos un pueblo duro.

Un pueblo que respetaba la palabra dada, que honraba a sus dioses y que nunca olvidaba una ofensa.

Con el tiempo comprendí algo que ningún maestro me enseñó.

Los imperios no se construyen solo con ejércitos.

Se construyen con ideas.

Con la manera en que un rey decide tratar a los pueblos que conquista.

Muchos reyes destruyen ciudades.

Yo decidí hacer algo diferente.

Decidí construir un imperio donde muchos pueblos pudieran vivir bajo una misma corona sin perder su identidad.

Ese fue mi mayor poder.

No la espada.

No el ejército.

Sino la idea de que un imperio podía gobernar sin destruir.

Pero antes de todo eso hubo guerras.

Hubo traiciones.

Hubo reyes que cayeron y ciudades que abrieron sus puertas ante mis ejércitos.

Y hubo también un final.

Un final violento, en las tierras lejanas de Asia Central, enfrentando a una reina guerrera cuyo nombre todavía resuena en las historias del mundo antiguo:

Tomiris.

Pero esa parte de la historia llegará después.

Porque toda gran historia comienza mucho antes del primer imperio.

Comienza con un niño.

Un niño que debía morir.

Un niño al que los dioses —o el destino— decidieron dejar vivir.

Ese niño era yo.

Yo soy Ciro.

Rey de Persia.

Rey de reyes.

Fundador de un imperio.

Y esta es mi historia.

CIRO, EL DEDO DE DIOS

Historia del hombre que cambió el destino del mundo

PRÓLOGO

El sueño del rey Astiages

Antes de que mi nombre fuera pronunciado por ejércitos, antes de que ciudades abrieran sus puertas ante mis estandartes, antes incluso de que yo respirara por primera vez, un hombre soñó conmigo.

Ese hombre era mi abuelo.

Astiages.

Rey de los medos.

Señor de montañas, ciudades y ejércitos.

Gobernante de un imperio que parecía tan sólido como la piedra.

Su palacio se alzaba en la ciudad de Ecbatana, una fortaleza rodeada por siete murallas concéntricas que brillaban bajo el sol como anillos de metal.

Desde allí gobernaba tierras vastas.

Los medos eran poderosos.

Sus guerreros eran temidos.

Sus aliados respetaban su fuerza.

Pero incluso los reyes más poderosos temen a algo que no pueden controlar.

Los sueños.

En las noches silenciosas del palacio, cuando el fuego de las lámparas temblaba contra las paredes de piedra y los guardias caminaban en los patios, Astiages comenzó a tener visiones.

En el primer sueño vio a su hija, la princesa meda.

De su vientre brotaba una corriente de agua.

El agua corría por los pasillos del palacio, atravesaba las murallas de la ciudad y se extendía por todo el mundo conocido.

Despertó sobresaltado.

Al amanecer convocó a los sacerdotes y a los intérpretes de sueños.

Los magos del imperio —hombres vestidos con túnicas largas, barbas negras y ojos profundos— escucharon el relato del rey.

Y después de un largo silencio dijeron algo que ningún rey desea escuchar.

El sueño era una profecía.

El hijo que nacería de su hija crecería hasta dominar el mundo.

Y su poder superaría al del propio Astiages.

El rey se enfureció.

Los sueños podían ser mentiras de la noche, pensó.

Pero el miedo ya había entrado en su corazón.

Pasaron los meses.

Y entonces llegó el segundo sueño.

Esta vez fue aún más terrible.

Astiages vio crecer una vid del cuerpo de su hija.

Una vid poderosa.

Sus ramas se extendían sobre Asia entera.

Cubría montañas, ciudades y ríos.

Nada quedaba fuera de su sombra.

Cuando despertó, su cuerpo estaba cubierto de sudor frío.

Volvió a llamar a los magos.

Ellos repitieron el mismo mensaje.

El nieto del rey gobernaría un imperio más grande que el suyo.

En el mundo antiguo, los reyes temían muchas cosas:

las rebeliones,
los enemigos,
las hambrunas.

Pero por encima de todo temían el destino.

Porque el destino no puede ser derrotado en batalla.

Astiages tomó una decisión terrible.

Su hija sería entregada en matrimonio a un hombre que consideraba débil, alguien incapaz de engendrar un hijo poderoso.

Eligió a un noble persa de linaje antiguo pero poder modesto:

Cambises I.

Señor de una pequeña tierra llamada Anshan, en las montañas de Persia.

Para Astiages, los persas eran un pueblo menor.

Pastores y guerreros de las montañas.

Hombres duros, sí, pero lejos del esplendor de los reinos grandes.

Pensó que así la profecía moriría antes de nacer.

Pero el destino no escucha los planes de los reyes.

Mi madre viajó hacia Persia.

Allí, entre montañas y llanuras bañadas por el sol ardiente del este, yo fui concebido.

Cuando nací, el rumor llegó hasta el palacio de Ecbatana.

El nieto había nacido.

El niño de la profecía respiraba.

El miedo de Astiages se convirtió entonces en algo más oscuro.

Ordenó que me trajeran a su presencia.

No para conocerme.

Sino para decidir mi muerte.

El rey llamó a uno de sus hombres de confianza, un noble llamado:

Harpago.

Le entregó una orden sencilla.

Debía llevar al niño a las montañas.

Y matarlo.

Así terminó la historia de muchos príncipes.

Así pensó Astiages que terminaría la mía.

Pero los dioses —o el destino— tenían otros planes.

Harpago no se atrevió a derramar la sangre del hijo de su princesa.

En lugar de matarme, entregó al niño a un pastor de las montañas.

Un hombre sencillo llamado Mitrídates.

Él y su esposa acababan de perder a su propio hijo.

Tomaron al niño destinado a morir y lo criaron como si fuera suyo.

Así comenzó mi vida.

No como príncipe.

No como heredero de imperios.

Sino como hijo de pastores.

Crecí entre ovejas, montañas y viento.

Mi piel se oscureció bajo el sol de Persia.

Mis manos aprendieron a sostener una lanza mucho antes de conocer una corona.

Nadie en aquellas montañas sabía que un día ese niño gobernaría sobre reyes.

Nadie sabía que su nombre sería escrito en piedra.

Ni que siglos después aparecería incluso en los libros sagrados de pueblos lejanos.

Yo tampoco lo sabía.

Pero el destino ya estaba caminando hacia mí.

Y los imperios del mundo antiguo aún no lo sabían.

Porque el niño que debía morir...

había sobrevivido.

CIRO, EL DEDO DE DIOS

Historia del hombre que cambió el destino del mundo

CAPÍTULO I

El niño de las montañas

Mi primera memoria no es la de un palacio.

No recuerdo columnas de piedra ni tronos de oro.

Recuerdo el viento.

Un viento fuerte que bajaba desde las montañas y corría libre sobre las llanuras de Persia.

Recuerdo también el olor de los rebaños, el sonido de las campanas de las cabras y el crujido de la tierra seca bajo los pies.

Yo era un niño entonces.

Un niño que creía ser hijo de un pastor.

El hombre al que llamaba padre se llamaba Mitrídates.

No era rey.

No era noble.

Era un hombre fuerte, de espalda ancha y manos endurecidas por años de trabajo bajo el sol.

Su piel era oscura, curtida por el viento de las montañas y por la luz ardiente que cae sobre las tierras de Persia.

Como la de muchos hombres de nuestro pueblo.

Los persas no éramos pálidos como los pueblos del norte ni suaves como los hombres que viven en ciudades ricas.

Éramos hijos de la tierra abierta.

Nuestra piel llevaba el color del sol.

Nuestros ojos aprendían a mirar lejos, hacia horizontes amplios.

Cuando años más tarde levanté mis palacios en Persépolis, ordené que los escultores tallaran a mi pueblo tal como éramos: hombres de rostro fuerte, barba negra y piel oscurecida por la vida al aire libre.

No queríamos parecer otra cosa.

Éramos persas.

Y yo crecí entre ellos.

Las montañas eran nuestro hogar.

Allí aprendí las primeras lecciones que un hombre necesita para sobrevivir.

Aprendí a cabalgar antes de cumplir diez años.

Aprendí a lanzar una lanza con precisión.

Aprendí a caminar durante horas bajo el sol sin pedir agua.

Los persas enseñamos a nuestros hijos tres cosas desde la infancia:

montar a caballo,
disparar el arco,
y decir la verdad.

Mi padre adoptivo repetía esas palabras muchas veces.

—Un hombre puede perder su caballo —decía—.

Un hombre puede romper su arco.

Pero si pierde su palabra, deja de ser hombre.

Yo escuchaba.

Y aprendía.

La vida entre pastores no era fácil.

En invierno el frío descendía desde las montañas como un animal invisible.

En verano el calor convertía la tierra en polvo.

Pero esas dificultades hacen a los hombres fuertes.

Los niños con los que crecí eran hijos de guerreros y campesinos.

Jugábamos a ser reyes.

Jugábamos a construir ejércitos con palos y piedras.

Y algo extraño ocurría siempre.

Sin que nadie lo decidiera, los otros niños me elegían como líder.

Yo organizaba nuestros juegos.

Distribuía a los “soldados”.

Decidía quién defendía las colinas y quién atacaba los campamentos imaginarios.

Una tarde ocurrió algo que cambió todo.

Jugábamos a lo mismo de siempre.

Habíamos construido una especie de pequeño “reino” con piedras.

Yo era el rey.

Uno de los niños —hijo de un noble medo que vivía en la región— se negó a obedecer una de mis órdenes.

En el juego, yo debía castigarlo.

Y lo hice.

Ordené que lo ataran y que recibiera un castigo simbólico, como lo haría un rey con un soldado desobediente.

El niño regresó llorando a la casa de su padre.

Su padre no era un pastor.

Era un funcionario del rey.

Un hombre importante del imperio de Astiages.

Cuando escuchó lo ocurrido, montó en cólera.

¿Cómo podía el hijo de un simple pastor castigar a su hijo?

Ordenó que me llevaran ante el gobernador.

Y así, por primera vez en mi vida, fui llevado ante hombres que vestían túnicas ricas y hablaban con la autoridad del poder.

Me preguntaron por qué había castigado al niño.

Respondí con la franqueza que había aprendido entre pastores.

—Porque yo era el rey —dije.

Los hombres se miraron entre sí.

Uno de ellos rió.

Otro frunció el ceño.

Pero el gobernador observó algo más.

Mi manera de hablar.

Mi manera de mirar.

Mi manera de mantenerme erguido.

Había algo en mí que no encajaba con la vida de un simple pastor.

El gobernador decidió enviar un mensaje a la corte.

Quería que el propio rey Astiages supiera lo ocurrido.

Días después llegó la orden.

Debía ser llevado a la capital.

Debía presentarme ante el rey.

No sabía entonces que estaba caminando hacia el hombre que había ordenado mi muerte cuando yo era un bebé.

No sabía que aquel rey era mi abuelo.

No sabía que mi vida entera estaba a punto de cambiar.

Mientras viajábamos hacia Ecbatana, veía por primera vez las grandes ciudades del imperio.

Murallas altas.

Puertas monumentales.

Caravanas cargadas de mercancías.

Era un mundo completamente distinto al de las montañas.

Pero dentro de mí no había miedo.

Había curiosidad.

Algo en mi interior me decía que aquel camino era el comienzo de algo grande.

Cuando finalmente entré en el palacio de Astiages, vi por primera vez el poder de un imperio.

Columnas gigantes.

Salones cubiertos de tapices.

Guardias con armaduras brillantes.

Y en el centro del gran salón, sentado en su trono, estaba el hombre que había soñado con mi muerte.

Astiages.

El rey observó al niño que tenía delante.

Durante un largo momento no dijo nada.

Luego habló.

—¿Eres tú el muchacho que se hace llamar rey?

—Sí —respondí.

Los hombres del palacio contuvieron la respiración.

Pero yo no bajé la mirada.

Astiages me observó con intensidad.

Tal vez vio algo en mi rostro.

Algo familiar.

Algo que le recordó los sueños que lo habían perseguido durante años.

Aún no lo sabía.

Pero en ese momento el destino había vuelto a colocarme frente al hombre que intentó matarme.

Y muy pronto, toda la verdad saldría a la luz.

CIRO, EL DEDO DE DIOS

Historia del hombre que cambió el destino del mundo

CAPÍTULO II

El niño que no debía vivir

Cuando entré en el gran salón del palacio de Astiages, sentí por primera vez el peso del silencio que rodea a los reyes.

Los hombres poderosos viven rodeados de ruido:
el sonido de las armas,
las discusiones de los consejeros,
los pasos de los soldados.

Pero cuando un rey decide observar algo con atención, todo calla.

Así ocurrió aquella mañana.

Yo era un niño vestido con ropas sencillas de pastor.

Mis sandalias estaban cubiertas de polvo del camino.

El sol había oscurecido mi piel y mis manos llevaban las marcas del trabajo en las montañas.

En contraste, el palacio brillaba con riqueza.

Las paredes estaban cubiertas de tapices.

El suelo era de piedra pulida.

Los guardias llevaban armaduras que reflejaban la luz de las antorchas.

Pero lo que más recuerdo no fue el lujo.

Fue la mirada del rey.

Astiages me observaba como si estuviera mirando un enigma.

—Dicen que jugabas a ser rey —dijo finalmente.

Su voz era profunda, acostumbrada a ser obedecida.

—No jugaba —respondí—.
Era el rey del juego.

Algunos hombres en la sala murmuraron.

Pero el rey levantó una mano y todos guardaron silencio.

—¿Y por qué castigaste al hijo de un noble? —preguntó.

—Porque no obedeció —dije—.
Un soldado que no obedece pone en peligro a todos.

Mis palabras no eran arrogantes.

Simplemente eran verdad.

El rey apoyó el mentón sobre su mano y me observó con más atención.

Entonces hizo una pregunta inesperada.

—¿Quién te enseñó a hablar así?

Señalé al hombre que estaba detrás de mí.

Mi padre adoptivo.

El pastor Mitrídates.

Astiages lo miró.

Durante un momento pareció confundido.

Los rasgos de mi rostro no encajaban del todo con la vida de un simple pastor.

Los reyes están acostumbrados a observar detalles.

Y algo en mí despertó una memoria antigua en su mente.

Entonces ordenó algo que cambió el curso de mi vida.

—Traed al hombre llamado Harpago.

Cuando ese nombre fue pronunciado, vi cómo algunos hombres del palacio intercambiaban miradas inquietas.

Harpago era uno de los nobles más poderosos del imperio.

Un general respetado.

Un hombre que conocía secretos del pasado.

Tardó poco en llegar.

Cuando entró en la sala, su rostro era serio.

Se inclinó ante el rey.

—Majestad.

Astiages señaló hacia mí.

—Observa a este muchacho.

Harpago me miró.

Y en ese instante ocurrió algo que ningún niño puede olvidar.

El color abandonó su rostro.

Durante un breve segundo sus ojos mostraron algo parecido al miedo.

Astiages lo notó.

—¿Reconoces algo en él? —preguntó el rey.

Harpago dudó.

Y cuando un hombre poderoso duda frente a un rey, el peligro es evidente.

Finalmente habló.

—Majestad... su rostro... me recuerda a alguien.

El rey se levantó lentamente de su trono.

La sala entera quedó en silencio.

—Hace años —dijo Astiages— te di una orden.

Harpago no respondió.

Pero todos sabían cuál era esa orden.

Matar a un niño.

El hijo de mi hija.

El niño de la profecía.

Astiages volvió a mirarme.

Ahora sus ojos ya no estaban llenos de curiosidad.

Estaban llenos de algo más oscuro.

Sospecha.

—Traed al pastor —ordenó.

Mi padre adoptivo fue llevado al centro del salón.

Temblaba.

Sabía que la verdad estaba a punto de salir a la luz.

Astiages lo interrogó.

Primero con calma.

Luego con ira.

El pastor intentó mentir.

Pero el miedo rompe las mentiras.

Finalmente confesó.

Contó cómo Harpago le había entregado al niño.

Cómo su esposa había perdido a su propio bebé.

Cómo decidieron criar al niño que debía morir.

Yo escuchaba todo aquello sin comprender completamente lo que significaba.

Solo sabía que la historia hablaba de mí.

Cuando el relato terminó, el palacio entero quedó en silencio.

Astiages caminó lentamente hacia mí.

Me observó de cerca.

Demasiado cerca.

Y entonces dijo algo que nunca olvidaré.

—Así que tú eres el niño.

El niño que debía morir.

En aquel momento el destino del imperio pendía de una sola decisión.

Un rey temeroso de una profecía.

Un niño que había sobrevivido contra toda lógica.

Los hombres del palacio esperaban la orden.

La espada.

La ejecución.

Pero Astiages no hizo eso.

En lugar de ordenar mi muerte, tomó otra decisión.

Una decisión que parecía misericordiosa...
pero que en realidad escondía algo más oscuro.

Me envió de vuelta a Persia.

A la casa de mis verdaderos padres.

Al hogar de Cambises I.

A la tierra de Anshan.

Astiages creyó que así terminaría la profecía.

Pensó que el niño que había sobrevivido crecería como un príncipe menor,
lejos del centro del poder.

Pensó que el destino podía ser engañado.

Pero lo que el rey no sabía era que el verdadero castigo no sería para mí.

Sería para Harpago.

Porque Astiages no olvidaba las desobediencias.

Ni siquiera las que salvaban la vida de un niño.

Aquel castigo sería tan terrible que sembraría una semilla de odio.

Una semilla que años después destruiría su propio imperio.

Pero esa historia aún no había comenzado.

Yo era todavía un muchacho.

Un muchacho que acababa de descubrir dos verdades.

No era hijo de un pastor.

Y el rey que había intentado matarme...

era mi propio abuelo.

El destino empezaba a moverse.

Y los imperios del mundo antiguo aún no lo sabían.

CIRO, EL DEDO DE DIOS

Historia del hombre que cambió el destino del mundo

CAPÍTULO III

El banquete de Harpago

Cuando abandoné el palacio de Astiages para regresar a Persia, yo aún no comprendía del todo lo que había ocurrido.

Sabía que no era hijo de pastores.

Sabía que mi verdadero padre era el noble persa Cambises I.

Sabía también que el rey que había intentado matarme era mi propio abuelo.

Pero ignoraba algo mucho más oscuro.

Mientras yo regresaba hacia las montañas de Anshan, en el palacio de Ecbatana se estaba preparando un castigo.

Un castigo que los hombres recordarían durante siglos.

Porque los reyes antiguos no perdonaban las desobediencias.

Y el hombre que había desobedecido a Astiages era uno de los más poderosos del imperio:

Harpago.

Años antes, cuando yo nací, Astiages le había dado una orden directa.

Matar al niño.

Matarme.

Pero Harpago no tuvo el valor de derramar la sangre de un recién nacido que llevaba la sangre de su propia casa real.

Decidió salvarme.

Decidió engañar al rey.

Durante años creyó que su secreto estaba enterrado.

Pero los secretos nunca permanecen enterrados para siempre.

Cuando Astiages descubrió la verdad, no gritó.

No ordenó una ejecución inmediata.

Los reyes más peligrosos no actúan con rabia.

Actúan con paciencia.

Astiages fingió perdonar.

Convocó a Harpago a un banquete en su palacio.

Los banquetes eran comunes en las cortes del mundo antiguo.

Los nobles bebían vino, comían carne y hablaban de guerras y alianzas.

Nadie sospechó nada.

La mesa estaba llena de platos elaborados.

Carne asada.

Pan caliente.

Vino oscuro traído de tierras lejanas.

Harpago comió con normalidad.

Creía que el rey lo había perdonado.

Pero cuando terminó la comida, Astiages hizo una señal.

Un sirviente entró en la sala llevando un recipiente cubierto.

Lo colocó delante de Harpago.

—¿Has disfrutado del banquete? —preguntó el rey.

—Sí, majestad —respondió Harpago.

Entonces Astiages ordenó que retiraran la tapa del recipiente.

Dentro había algo que ningún padre debería ver jamás.

La cabeza.

Las manos.

Y los pies de un niño.

El hijo de Harpago.

Astiages habló con frialdad.

—La carne que has comido esta noche... era la de tu propio hijo.

El silencio que siguió fue absoluto.

Los nobles presentes no se atrevieron a moverse.

En el mundo antiguo los reyes podían cometer actos terribles.

Pero aquel castigo era tan brutal que incluso los hombres acostumbrados a la violencia sintieron horror.

Harpago no gritó.

No lloró.

No atacó al rey.

Se inclinó.

—Lo que el rey hace... es justo.

Esas fueron sus palabras.

Pero dentro de su corazón nació algo que cambiaría el destino de imperios.

El odio.

Un odio silencioso.

Un odio paciente.

Un odio que esperaría años para encontrar su momento.

Mientras tanto, yo crecía lejos de todo aquello.

En Persia.

Entre mi verdadero pueblo.

Cuando llegué por primera vez a la casa de mi padre, Cambises I, me recibieron como al hijo que había sido perdido y encontrado.

Mi madre lloró al verme.

Mi padre me observó con orgullo.

Los nobles persas se reunieron para conocer al joven heredero.

Fue entonces cuando comencé a entender quién era realmente.

No era un pastor.

Era hijo de la casa aqueménida.

La antigua dinastía que gobernaba Persia.

Mi vida cambió.

Recibí educación de príncipes.

Aprendí historia, estrategia y gobierno.

Pero nunca olvidé las montañas.

Nunca olvidé la vida sencilla entre los hombres que habían sido mi familia.

Los persas seguían siendo un pueblo fuerte y orgulloso.

Nuestra piel seguía oscurecida por el sol de las tierras altas.

Nuestros guerreros seguían cabalgando por las llanuras abiertas.

No éramos un pueblo de palacios.

Éramos un pueblo de guerra.

Y poco a poco empecé a comprender algo.

El imperio de los medos, gobernado por mi abuelo Astiages, parecía poderoso.

Pero estaba lleno de grietas.

Los nobles temían al rey.

Los generales lo obedecían por obligación.

Y uno de esos hombres, el general Harpago, guardaba en silencio un deseo de venganza.

Pasaron los años.

Yo crecí.

Me convertí en hombre.

Aprendí a liderar soldados.

Aprendí a pensar como un rey.

Y un día llegó un mensaje secreto desde el corazón del imperio medo.

El mensaje venía de un hombre que había esperado su momento durante muchos años.

Harpago.

El mismo hombre que había salvado mi vida cuando era un bebé.

El mismo hombre cuyo hijo había sido sacrificado por la crueldad de Astiages.

El mensaje era breve.

Pero su significado era enorme.

Decía:

“Si deseas convertirte en rey...
el momento ha llegado.”

En ese instante comenzó el camino que llevaría a la caída del imperio medo.

El camino que me llevaría a la guerra contra mi propio abuelo.

El camino que daría nacimiento a un imperio nuevo.

El imperio de los persas.

Pero antes de que ese imperio naciera, yo tendría que hacer algo que pocos hombres se atreven a hacer.

Rebelarme contra el rey más poderoso de mi tiempo.

Y reclamar el destino que los sueños habían anunciado mucho antes de mi nacimiento.

El destino de Ciro el Grande.

Mi destino.

CIRO, EL DEDO DE DIOS

Historia del hombre que cambió el destino del mundo

CAPÍTULO IV

La rebelión contra el rey

Los imperios no caen en un solo día.

Primero aparece el miedo.

Luego el resentimiento.

Después el silencio.

Y finalmente llega el momento en que un solo hombre decide levantarse.

Ese momento llegó para mí cuando recibí el mensaje de Harpago.

Habían pasado muchos años desde el banquete donde el rey Astiages castigó a su propio general con una crueldad que ningún padre podría olvidar.

Pero el odio no se había apagado.

Había crecido.

Harpago sabía algo que muchos hombres del imperio también sabían en secreto:

Astiages gobernaba con miedo.

Y los reinos gobernados por el miedo siempre terminan rompiéndose.

El mensaje llegó oculto dentro del vientre de una liebre cazada.

Era una forma ingeniosa de enviar palabras sin que los espías del rey descubrieran el plan.

Dentro del animal había una pequeña tablilla.

Las palabras eran pocas.

Pero su significado era enorme.

Los nobles medos estaban descontentos.

Muchos generales estaban dispuestos a traicionar al rey.

Si yo levantaba un ejército persa, ellos apoyarían mi causa.

Era una invitación a la rebelión.

Recuerdo bien la noche en que leí ese mensaje.

El fuego ardía en el centro del salón de mi padre, Cambises I.

Las montañas de Anshan estaban envueltas en la oscuridad.

Los guerreros persas se reunieron para escuchar mi decisión.

Yo ya no era un niño.

Había crecido bajo el sol de Persia.

Mi piel llevaba el mismo color que la tierra que trabajaban nuestros hombres.

Había cabalgado con los guerreros de las montañas.

Había aprendido a hablar con nobles y a pensar como rey.

Pero lo que estaba a punto de hacer era algo más grande que cualquier decisión anterior.

Me estaba preparando para enfrentar al imperio que dominaba Asia.

Y al hombre que era mi propio abuelo.

Durante mucho tiempo caminé en silencio alrededor del fuego.

Los hombres esperaban.

Los persas eran pacientes.

Sabían que las decisiones importantes no se toman con prisa.

Finalmente hablé.

—Los medos creen que somos débiles —dije—.

Creen que los persas solo sabemos cuidar rebaños.

Algunos guerreros rieron.

—Pero nosotros sabemos algo que ellos han olvidado.

Me detuve.

Miré los rostros de mis hombres.

—Sabemos luchar.

El murmullo se convirtió en un rugido.

Los persas eran un pueblo orgulloso.

Durante generaciones habían servido al imperio medo.

Pero en el fondo de sus corazones sabían que no eran inferiores a nadie.

Esa noche tomé la decisión que cambiaría el mundo.

Me rebelaría.

No solo contra un rey.

Contra todo un imperio.

Los meses siguientes fueron de preparación.

Recorrí las tierras persas reuniendo guerreros.

Campesinos, pastores, cazadores.

Hombres acostumbrados a la vida dura de las montañas.

Hombres de piel oscurecida por el sol, con barbas negras y ojos firmes.

No tenían armaduras lujosas.

No tenían palacios.

Pero tenían algo más poderoso.

Determinación.

Cuando finalmente levantamos nuestro estandarte, el mensaje llegó

rápidamente al palacio de Ecbatana.

Astiages se enfureció.

No podía creer que su propio nieto se atreviera a desafiarlo.

Ordenó movilizar al ejército medo.

Un ejército enorme.

Veteranos de muchas guerras.

Generales experimentados.

Entre ellos estaba el hombre que él mismo había castigado años antes.

Harpago.

Astiages cometió un error que muchos reyes cometen cuando gobiernan con miedo.

Confiar en un hombre que lo odiaba.

Los dos ejércitos se encontraron en las llanuras.

Recuerdo bien aquel día.

El sol brillaba sobre las lanzas.

El viento agitaba los estandartes.

Mis guerreros estaban frente a mí.

Persas.

Hombres que habían crecido entre montañas y desiertos.

Hombres acostumbrados a sobrevivir.

Frente a nosotros estaba el ejército de los medos.

Más grande.

Más equipado.

Pero algo era diferente.

Cuando comenzó la batalla, ocurrió lo inesperado.

Las tropas dirigidas por Harpago dejaron de luchar.

Muchos soldados medos bajaron sus armas.

Otros se unieron a nuestras filas.

La traición que había nacido años antes en aquel banquete finalmente había encontrado su momento.

El ejército de Astiages se quebró.

La batalla terminó rápidamente.

El imperio medo, que había dominado la región durante décadas, se derrumbó en un solo día.

Marchamos hacia Ecbatana.

Las puertas de la ciudad se abrieron.

El rey fue capturado.

Astiages, el hombre que había soñado con mi muerte antes de que yo naciera, estaba ahora frente a mí como prisionero.

El destino había completado su círculo.

Los hombres esperaban que lo ejecutara.

Muchos reyes habrían hecho exactamente eso.

Pero yo tomé otra decisión.

No maté a mi abuelo.

Lo traté con respeto.

Lo mantuve bajo custodia, pero le permití vivir.

Porque yo no quería gobernar como él.

No quería construir un imperio basado en el miedo.

Quería construir algo diferente.

Algo que el mundo aún no había visto.

Así terminó el imperio de los medos.

Y así comenzó algo nuevo.

El nacimiento del gran imperio persa.

El imperio que los hombres llamarían más tarde:

el Imperio aqueménida.

Pero ese imperio aún debía demostrar su poder.

Porque más allá de nuestras fronteras había reinos ricos, ciudades poderosas y reyes que no aceptarían fácilmente la llegada de un nuevo señor.

Entre ellos estaba uno de los hombres más ricos del mundo antiguo.

El rey de Lidia.

Un hombre cuyo nombre era famoso en todas las tierras de Asia.

Creso.

Y muy pronto, nuestros ejércitos se encontrarían en el campo de batalla.

CIRO, EL DEDO DE DIOS

Historia del hombre que cambió el destino del mundo

CAPÍTULO V

El oro de Creso

Después de la caída de mi abuelo, Astiages, el mundo antiguo comenzó a observarme.

Los reyes siempre vigilan a los nuevos reyes.

Cuando un imperio nace, los demás deciden rápidamente si deben temerlo... o destruirlo antes de que crezca.

Yo acababa de crear algo nuevo.

El poder de Persia y el antiguo dominio de los medos ahora estaban unidos bajo una sola corona.

Había nacido el gran Imperio aqueménida.

Pero muchos gobernantes pensaron que aquel nuevo imperio era frágil.

Uno de ellos era el rey más rico del mundo conocido.

Creso.

Su reino era Lidia, una tierra donde el oro corría en los ríos y las ciudades estaban llenas de comerciantes.

Los hombres de todas partes conocían su nombre.

Decían: **“Rico como Creso.”**

Sus palacios estaban llenos de tesoros.

Sus cofres rebosaban monedas.

Sus ejércitos eran grandes.

Pero Creso cometió el error que muchos hombres ricos cometen.

Creer que el oro compra el destino.

Cuando supo que yo había derrotado a los medos, decidió consultar al oráculo más famoso del mundo antiguo.

El de Oráculo de Delfos.

Envió mensajeros con ofrendas de oro y plata.

La respuesta del oráculo fue enigmática, como siempre lo son las palabras de los dioses.

El mensaje decía:

“Si Creso cruza el río Halys, destruirá un gran imperio.”

El rey de Lidia escuchó lo que quería escuchar.

Pensó que el imperio que sería destruido era el mío.

No imaginó que el imperio que desaparecería sería el suyo.

Cuando recibí noticias de que el ejército lidio marchaba hacia el este, comprendí que había llegado la primera gran prueba de mi reinado.

No podía permitir que el nuevo imperio persa pareciera débil.

Reuní a mis ejércitos.

Persas.

Medos.

Guerreros de las montañas y de las llanuras.

Hombres endurecidos por el sol, con piel oscura como la tierra de Persia y ojos acostumbrados a mirar horizontes lejanos.

Los escultores más tarde representarían a esos hombres en los relieves de Persépolis, caminando orgullosos entre las delegaciones de pueblos de todo el imperio.

Pero entonces aún no éramos un imperio de palacios.

Éramos un ejército en marcha.

Los dos ejércitos se encontraron cerca del río Halys.

La batalla fue dura.

Los lidios luchaban bien.

Sus caballos eran famosos.

Sus jinetes eran expertos.

Pero el día terminó sin una victoria decisiva.

Entonces ocurrió algo que Creso no esperaba.

Llegó el invierno.

En el mundo antiguo era costumbre detener las guerras durante el invierno.

Los reyes regresaban a sus ciudades y preparaban la campaña del año siguiente.

Creso hizo exactamente eso.

Volvió a su capital, la rica ciudad de Sardes.

Estaba convencido de que la guerra continuaría meses después.

Pero yo tomé una decisión diferente.

Una decisión que cambiaría el curso de la guerra.

No esperé.

Marché.

Mis ejércitos avanzaron rápidamente hacia Sardes.

Cruzamos montañas y llanuras en pleno invierno.

Cuando los exploradores lidios llevaron la noticia a su rey, Creso no podía creerlo.

Pensó que ningún ejército marcharía en esa estación.

Pero los persas no éramos como otros pueblos.

Habíamos crecido en tierras duras.

El frío no nos detenía.

Cuando llegamos a las llanuras frente a Sardes, el ejército lidio se apresuró a reunirse para defender la ciudad.

Allí tuvo lugar la batalla decisiva.

Los lidios confiaban en su caballería.

Sus jinetes eran temidos en toda Asia.

Entonces utilicé una estrategia inesperada.

Ordené que nuestros camellos marcharan al frente de las líneas.

Los caballos de los lidios nunca habían visto ni oído camellos.

Cuando comenzó la batalla, el olor y la apariencia de aquellos animales desorientaron a los caballos.

La poderosa caballería lidia perdió su ventaja.

Nuestros guerreros avanzaron.

Las líneas lidias se rompieron.

La batalla terminó con una victoria total.

Creso se retiró dentro de las murallas de Sardes.

Pero la ciudad no resistió mucho.

Después de un breve asedio, Sardes cayó.

El reino más rico del mundo antiguo había sido derrotado.

El imperio persa había demostrado su poder.

Cuando capturaron a Creso, lo trajeron ante mí.

Los hombres esperaban que lo ejecutara.

Así actuaban muchos conquistadores.

Pero yo había decidido gobernar de otra manera.

Perdoné su vida.

Creso, el rey que había intentado destruir mi imperio, se convirtió en uno de mis consejeros.

Porque un rey sabio entiende algo importante.

Los enemigos derrotados pueden convertirse en aliados valiosos.

Con la caída de Lidia, las puertas de Asia Menor quedaron abiertas.

Las ciudades griegas de la costa comenzaron a reconocer el poder de Persia.

Mi imperio crecía.

Pero aún quedaba una ciudad más grande.

Una ciudad que había dominado el mundo durante siglos.

Una ciudad de murallas gigantescas y templos antiguos.

La ciudad de Babilonia.

Y muy pronto, mis ejércitos marcharían hacia ella.

Porque el destino que había sido escrito en antiguas profecías aún no se había cumplido.

CIRO, EL DEDO DE DIOS

Historia del hombre que cambió el destino del mundo

CAPÍTULO VI

La noche en que cayó Babilonia

Después de la caída del reino de Creso y la conquista de Lidia, mi imperio comenzó a extenderse como una sombra sobre Asia.

Los reyes observaban.

Los mercaderes susurraban mi nombre en los mercados.

Los sacerdotes hablaban de señales y presagios.

Pero había una ciudad que todavía dominaba la imaginación del mundo.

Una ciudad más antigua que muchos reinos.

Una ciudad cuyas murallas parecían imposibles de derribar.

Esa ciudad era Babilonia.

Durante siglos, Babilonia había sido el corazón de Mesopotamia.

Sus templos tocaban el cielo.

Sus muros eran tan anchos que los carros podían correr sobre ellos.

Los jardines de sus palacios eran famosos en todas las tierras.

Pero el poder de una ciudad no depende solo de sus murallas.

Depende de la confianza de su pueblo.

Y en los últimos años, Babilonia estaba gobernada por un rey que había perdido esa confianza.

Nabonido.

Muchos sacerdotes lo odiaban.

Muchos nobles lo despreciaban.

Había abandonado los cultos antiguos y ofendido a los dioses de la ciudad.

Cuando mis ejércitos comenzaron a avanzar hacia Mesopotamia, algo inesperado ocurrió.

Algunos de los propios babilonios comenzaron a verme no como un enemigo...

sino como un libertador.

Mientras marchábamos hacia el sur, los mensajeros traían noticias extrañas.

Las ciudades abrían sus puertas.

Los gobernadores se rendían.

Las puertas del gran imperio babilónico comenzaban a caer una tras otra.

Finalmente llegamos frente a Babilonia.

Recuerdo bien la primera vez que vi sus murallas.

Eran enormes.

Torres gigantescas protegían las entradas.

El río Éufrates atravesaba la ciudad como una serpiente brillante.

Muchos reyes habrían atacado de inmediato.

Habrían lanzado máquinas de guerra contra los muros.

Habrían intentado derribar las puertas.

Pero yo sabía que la guerra no siempre se gana con fuerza.

A veces se gana con paciencia.

Ordené rodear la ciudad.

Pero no lancé un ataque frontal.

Mis ingenieros comenzaron a trabajar en silencio.

Habían observado algo importante.

El gran río Éufrates atravesaba Babilonia y pasaba bajo las murallas.

Si el río cambiaba de curso...

el corazón de la ciudad quedaría expuesto.

Durante días cavamos canales río arriba.

Trabajamos en la oscuridad.

Esperamos el momento adecuado.

Y ese momento llegó en una noche extraña.

Los exploradores nos dijeron que dentro de Babilonia había una gran celebración.

Los nobles bebían.

La música llenaba los palacios.

La ciudad confiaba demasiado en sus murallas.

Esa noche desviamos el curso del Éufrates.

El nivel del agua descendió.

Donde antes corría un río profundo, ahora había un paso.

Mis soldados avanzaron en silencio por el lecho del río.

Entraron bajo las murallas.

Atravesaron las puertas internas.

Y antes de que la mayoría de los habitantes lo supiera...

Babilonia había caído.

No hubo destrucción.

No hubo incendios.

No hubo masacres.

Cuando entré en la ciudad, caminé entre templos antiguos y avenidas enormes.

Los sacerdotes se acercaron.

Los nobles inclinaron la cabeza.

Y el pueblo observó en silencio al nuevo rey.

Yo no vine a destruir Babilonia.

Vine a gobernarla.

Por eso hice algo que pocos conquistadores habían hecho antes.

Respeté a sus dioses.

Respeté sus templos.

Respeté sus tradiciones.

Ordené restaurar los santuarios que habían sido abandonados.

Permití que los pueblos exiliados regresaran a sus tierras.

Entre ellos estaba un pueblo que había sufrido mucho durante el dominio babilónico.

Los hijos de Judá.

Habían sido llevados a Babilonia durante el tiempo del Exilio en Babilonia.

Cuando permití su regreso, no sabía que siglos antes un profeta de ese pueblo había pronunciado mi nombre.

Un hombre llamado Isaías.

En el Libro de Isaías estaba escrito algo sorprendente.

Que un rey llamado Ciro liberaría a los exiliados.

Que permitiría reconstruir su templo en Jerusalén.

Cuando escuché esas palabras por primera vez, comprendí algo extraño.

Mi vida había sido escrita en historias que yo no conocía.

Tal vez los dioses guían a los hombres de maneras que ellos mismos no comprenden.

Para dejar constancia de mis decisiones, ordené grabar un mensaje en un cilindro de arcilla.

Ese objeto sería conocido siglos después como el:

Cilindro de Ciro.

En él declaré algo que ningún conquistador había proclamado antes.

Que los pueblos podían adorar a sus propios dioses.

Que los templos serían restaurados.

Que los exiliados podían regresar a sus hogares.

No era solo una victoria militar.

Era una nueva forma de gobernar un imperio.

Y así, sin destruir la ciudad más poderosa del mundo antiguo, Babilonia se convirtió en parte de mi reino.

Pero el imperio persa aún no había alcanzado su mayor extensión.

Más allá de las montañas y los desiertos existían pueblos que nunca se habían inclinado ante ningún rey.

Guerreros nómadas.

Hombres y mujeres que vivían libres en las vastas tierras de Asia Central.

Entre ellos estaba una nación temida por todos.

Los Masagetas.

Y su gobernante no era un rey.

Era una reina.

Una mujer cuyo nombre aún resuena en las historias del mundo antiguo.

Tomiris.

Y muy pronto, nuestros destinos se encontrarían en el campo de batalla.

CIRO, EL DEDO DE DIOS

Historia del hombre que cambió el destino del mundo

CAPÍTULO VII

La reina de las estepas

Después de la caída de Babilonia, mi imperio se extendía desde las montañas de Persia hasta los grandes ríos de Mesopotamia.

Las ciudades más antiguas del mundo ahora estaban bajo mi autoridad.

Los reyes me enviaban embajadores.

Los sacerdotes pronunciaban mi nombre en templos que habían sido construidos siglos antes de mi nacimiento.

Pero el mundo no terminaba en Babilonia.

Más allá de los ríos y las montañas existían territorios que ningún imperio había logrado dominar por completo.

Tierras abiertas.

Vastas.

Inmensas.

Las estepas.

Allí vivían pueblos nómadas que no construían grandes ciudades ni templos de piedra.

Su riqueza no estaba en el oro ni en los palacios.

Su riqueza era la libertad.

Entre esos pueblos había uno especialmente poderoso.

Los Masagetas.

Vivían más allá de los grandes ríos del norte, en tierras donde el viento nunca se detenía y los horizontes parecían infinitos.

Sus guerreros eran temidos.

Sus arqueros podían disparar desde el caballo mientras galopaban a toda velocidad.

Pero lo que hacía a este pueblo aún más extraordinario era su gobernante.

No era un rey.

Era una reina.

Tomiris.

Los mensajeros que viajaban desde las estepas contaban historias sobre ella.

Decían que gobernaba con la fuerza de un general y la sabiduría de un anciano.

Decían que ningún enemigo había logrado someter a su pueblo.

Y decían algo que muchos hombres de los imperios del sur no podían comprender.

Que sus guerreros obedecían a una mujer con absoluta lealtad.

Cuando escuché esas historias comprendí algo importante.

Mientras los imperios del sur estaban llenos de ciudades y burocracia, los pueblos de las estepas estaban hechos de movimiento y guerra.

No podían ser gobernados como Babilonia.

No podían ser conquistados como Lidia.

Para dominar aquellas tierras había que enfrentar a su reina.

Primero intenté la vía que utilizan los reyes cuando desean evitar una guerra.

La diplomacia.

Envié emisarios hacia las estepas.

Les ordené llevar regalos dignos de una soberana.

Oro.

Tejidos persas.

Armas finamente trabajadas.

Pero el mensaje que llevaban era aún más importante que los regalos.

Propuse matrimonio.

Si Tomiris aceptaba, nuestros pueblos quedarían unidos.

Las estepas y el imperio persa serían aliados.

Muchos hombres pensaron que aquella propuesta era inteligente.

Pero Tomiris comprendió algo que muchos no vieron.

Que aquel matrimonio sería también una forma de dominación.

Su respuesta fue clara.

Rechazó mi propuesta.

Y junto con su respuesta envió una advertencia.

Dijo que no intentara conquistar su tierra.

Porque si lo hacía, encontraría guerra.

Cuando escuché su mensaje supe que el destino nos había colocado en caminos opuestos.

Pero antes de atacar, recibí otra noticia.

Los exploradores que habían viajado al norte describían a los masagetes de una forma que me resultaba familiar.

Decían que eran un pueblo fuerte.

De piel oscura como el bronce.

Endurecidos por el sol y el viento.

Hombres y mujeres que, como los persas, estaban acostumbrados a vivir

bajo cielos abiertos y no bajo los techos de palacios.

Aquello me recordó algo que siempre había sabido sobre mi propio pueblo.

Los antiguos persas, como muchos pueblos del antiguo Oriente, no se representaban a sí mismos como hombres pálidos.

En los relieves que siglos después adornarían Persépolis, nuestros cuerpos aparecerían con tonos oscuros, como los de los pueblos del sur y del desierto.

Éramos hijos del sol.

No de la sombra.

Tal vez por eso comprendía mejor a los pueblos de las estepas que muchos de los reyes del oeste.

Pero aun así, el imperio debía expandirse.

Las rutas del norte eran importantes.

Las tribus de las estepas podían convertirse en aliados o en enemigos peligrosos.

Así que tomé la decisión.

Marcharíamos hacia el norte.

Los ejércitos persas cruzaron montañas y ríos.

Avanzamos hacia territorios donde no había ciudades que conquistar.

Solo llanuras infinitas.

Y campamentos que podían desaparecer en una noche.

Los exploradores regresaban con historias sobre Tomiris.

Decían que cabalgaba al frente de sus guerreros.

Que llevaba armadura.

Que luchaba como uno más entre ellos.

Decían que su hijo, un joven príncipe llamado Spargapises, comandaba

una parte del ejército masageta.

El encuentro entre nuestros pueblos ya no podía evitarse.

Pero antes de la gran batalla, decidí utilizar una estrategia diferente.

Una estrategia que no dependía solo de la fuerza.

Los masagetas eran famosos por su habilidad en combate.

Pero también tenían costumbres diferentes a las de los pueblos del sur.

Por ejemplo, no estaban acostumbrados al vino fuerte que se bebía en Persia y en Mesopotamia.

Así nació una idea.

Una trampa.

Ordené construir un gran campamento cerca del territorio de los masagetas.

Lo llenamos con comida.

Carne.

Pan.

Y enormes recipientes de vino.

Luego dejamos el campamento aparentemente abandonado.

Cuando los exploradores masagetas lo encontraron, informaron a su ejército.

Spargapises decidió atacar.

Sus guerreros entraron en el campamento persa.

Encontraron comida.

Encontraron vino.

Y celebraron lo que pensaron que era una victoria.

Bebieron.

Mucho.

Pero el vino persa era más fuerte de lo que ellos conocían.

Cuando la noche avanzó, muchos de los guerreros masagetas estaban intoxicados.

Entonces ordené atacar.

Mis soldados regresaron al campamento.

La batalla fue rápida.

Muchos masagetas murieron.

Otros fueron capturados.

Entre los prisioneros estaba el hijo de la reina.

Spargapises.

Cuando Tomiris recibió la noticia, envió un mensaje.

Un mensaje que aún puedo recordar.

Me acusaba de haber ganado con engaño.

Y exigía que liberara a su hijo.

Pero el destino tenía otros planes.

Cuando Spargapises recuperó la conciencia y comprendió que estaba prisionero, pidió que le quitaran las cadenas.

Se las quitaron.

Y entonces hizo algo inesperado.

Tomó una espada.

Y se quitó la vida.

Cuando la noticia llegó a Tomiris, la reina juró venganza.

Una venganza tan terrible que incluso los cronistas del mundo antiguo la recordarían durante siglos.

Y así, mientras el viento de las estepas soplaba sobre las llanuras infinitas, los ejércitos de Persia y los masagetas comenzaron a prepararse para una batalla final.

Una batalla que decidiría el destino de mi vida.

Y tal vez también el destino de mi imperio.

CIRO, EL DEDO DE DIOS

Historia del hombre que cambió el destino del mundo

CAPÍTULO VIII

La sangre del rey

Las estepas del norte no se parecen a ninguna otra tierra.

No hay murallas.

No hay ciudades.

No hay templos de piedra donde los sacerdotes interpreten la voluntad de los dioses.

Solo existe el horizonte.

Un horizonte infinito donde el cielo y la tierra parecen tocarse.

Allí nos preparamos para la última batalla.

Mis ejércitos estaban cansados por las largas marchas.

Habíamos cruzado montañas, ríos y desiertos.

Pero seguíamos siendo el ejército que había derrotado a Creso y conquistado Babilonia.

Seguíamos siendo el ejército que había construido el gran Imperio aqueménida.

Sin embargo, algo había cambiado.

La muerte de Spargapises había encendido una llama de furia entre los Masagetas.

Ya no luchaban solo por su territorio.

Luchaban por venganza.

Los exploradores regresaban cada día con informes inquietantes.

Decían que el ejército de la reina se estaba reuniendo.

Decían que tribus de toda la estepa estaban llegando para luchar bajo su estandarte.

Y todos respondían a un solo nombre.

Tomiris.

La noche antes de la batalla dormí poco.

Los reyes a veces sienten cuando el destino se acerca.

No sabía si al día siguiente vencería o moriría.

Pero sabía algo más importante.

Había vivido una vida que ya había cambiado el mundo.

Había derrotado a los medos.

Había unido Persia.

Había conquistado imperios que habían dominado la tierra durante siglos.

Si mi vida terminaba allí, en las estepas, el imperio que había creado seguiría existiendo.

Cuando el sol apareció sobre el horizonte, el viento movía las hierbas altas de la llanura.

Entonces vi al ejército de Tomiris.

Eran miles.

Guerreros montados a caballo.

Arqueros.

Lanceros.

Hombres y mujeres.

Porque entre los masagetas las mujeres también luchaban.

Sus rostros estaban marcados por el sol.

Sus pieles oscuras brillaban bajo la luz de la mañana, igual que las de muchos de mis propios guerreros persas.

Los pueblos de estas tierras no eran pálidos como algunos imaginan siglos después.

Éramos pueblos del sol.

Pueblos forjados por la luz intensa de las estepas y los desiertos.

Y al frente de aquel ejército cabalgaba su reina.

Tomiris.

Llevaba armadura.

Su cabello se movía con el viento.

Y cuando se detuvo frente a sus guerreros, levantó su lanza.

El grito que siguió atravesó la llanura.

Era un grito de guerra.

Pero también era un grito de duelo.

El grito de una madre que había perdido a su hijo.

Entonces comenzó la batalla.

Fue una de las más feroces que he visto.

Los jinetes masagetas atacaban rápidamente.

Disparaban flechas mientras galopaban.

Desaparecían.

Volvían a aparecer.

Las estepas eran su hogar.

Cada colina.

Cada río.

Cada viento.

Nuestros soldados luchaban con disciplina.

Con escudos.

Con lanzas.

Pero aquella guerra no era como las batallas contra reinos sedentarios.

Era caótica.

Salvaje.

Las líneas se rompían.

Los guerreros luchaban cuerpo a cuerpo.

El polvo cubría el cielo.

Durante horas nadie supo quién estaba ganando.

Yo mismo entré en la lucha.

Los reyes persas no observamos las batallas desde lejos.

Luchamos.

Como lo hacen los hombres que esperan que sus soldados crean en ellos.

Recuerdo el sonido del metal.

Los gritos.

El olor de la sangre mezclado con el polvo de la estepa.

Y entonces comprendí algo.

El ejército de Tomiris no estaba retrocediendo.

Estaban empujando.

Cada vez más.

Cada vez con más furia.

Era como si toda la estepa se hubiera levantado contra nosotros.

En algún momento de aquella tormenta de acero y arena, fui rodeado.

Los relatos que vendrían después contarían la historia de diferentes maneras.

Algunos dirían que morí luchando entre mis guardias.

Otros dirían que caí bajo una lluvia de flechas.

La verdad es que en la guerra final siempre se pierde la claridad.

Pero una cosa es segura.

Ese día mi vida terminó.

Y la victoria fue para la reina de las estepas.

Según contaría más tarde el historiador griego Heródoto, Tomiris encontró mi cuerpo después de la batalla.

La reina se acercó.

Miró el rostro del hombre que había derrotado a tantos reyes.

El hombre que había causado la muerte de su hijo.

Entonces pronunció unas palabras que se repetirían durante siglos.

Dijo:

“Ciro, tú que siempre tuviste sed de sangre, ahora te saciaré.”

Ordenó cortar mi cabeza.

Y mandó traer un recipiente lleno de sangre humana.

Colocó mi cabeza dentro de él.

Y dijo:

“Bebe hasta saciarte.”

Quizás la historia fue exagerada por los cronistas.

Quizás los enemigos siempre convierten la muerte de los reyes en leyenda.

Pero así fue como el mundo antiguo recordaría mi final.

El gran conquistador.

El fundador del imperio más grande que el mundo había visto hasta entonces.

Muerto en las estepas.

Derrotado por una reina.

Pero la historia de un hombre no termina el día en que muere.

Porque los imperios continúan.

Las ideas sobreviven.

Y lo que había construido no desaparecería.

El imperio persa seguiría creciendo durante generaciones.

Y mi nombre seguiría viajando por el mundo.

Desde las historias de los griegos hasta los textos sagrados de los hebreos.

Porque algunos hombres mueren.

Pero el destino que dejaron en la tierra permanece.

Y el mío aún no había terminado.

CIRO, EL DEDO DE DIOS

Historia del hombre que cambió el destino del mundo

EPÍLOGO

El rey que los dioses no olvidaron

Morí en las estepas.

Así dicen las historias.

El viento del norte cubrió el campo de batalla con polvo y silencio, y los guerreros de los Masagetas regresaron a sus campamentos con la victoria.

Pero los imperios no mueren con sus reyes.

Los hombres sí.

Los reinos continúan.

Después de mi muerte, mis soldados llevaron mi cuerpo de regreso a Persia.

Atravesaron montañas, ríos y desiertos.

Volvieron al corazón de la tierra donde había nacido mi pueblo.

Allí, en la antigua ciudad de Pasargada, se levantaba el lugar donde debía descansar.

Mi tumba.

No era un palacio.

No era un monumento cubierto de oro.

Era una estructura sencilla.

Una base de piedra elevada.

Y sobre ella una cámara de piedra blanca.

Fuerte.

Silenciosa.

Eterna.

Allí fue colocado mi cuerpo.

Durante siglos los viajeros que pasaban por Pasargada veían aquella tumba solitaria en medio del paisaje.

Y escuchaban una inscripción que, según algunos relatos antiguos, decía:

“Yo soy Ciro, que fundó el imperio de los persas.
No envidies este pequeño monumento que cubre mi cuerpo.”

Pero mi historia no terminó allí.

Pasaron dos siglos.

El mundo cambió.

Nuevos imperios surgieron.

Uno de ellos nació en las montañas de Macedonia.

Su rey conquistó Grecia.

Luego cruzó hacia Asia.

Derrotó a los ejércitos persas.

Y finalmente llegó al corazón de mi antiguo imperio.

Ese hombre era Alejandro Magno.

Cuando conquistó Persia, Alejandro escuchó hablar de mí.

Del rey que había creado el gran Imperio aqueménida.

Del conquistador que había gobernado sin destruir las culturas que encontraba.

Del hombre que había tomado Babilonia sin arrasarla.

Movido por curiosidad —y quizás también por respeto— Alejandro decidió visitar mi tumba.

Llegó a Pasargada.

Entró en el monumento.

Y vio que había sido saqueado por ladrones.

Según los cronistas griegos, Alejandro se enfureció.

Ordenó restaurar la tumba.

Ordenó castigar a quienes la habían profanado.

Porque incluso el conquistador más grande de su tiempo comprendía algo.

Que los hombres que cambian el mundo merecen respeto, incluso por parte de sus enemigos.

Pero no fueron solo los griegos quienes recordaron mi nombre.

Mucho antes de que Alejandro naciera, otro pueblo ya había escrito sobre mí.

Un pueblo que había vivido en el exilio en Babilonia.

Un pueblo que había recuperado su tierra gracias a mis decretos.

Los hebreos.

En sus textos sagrados aparece mi nombre.

No como enemigo.

No como tirano.

Sino como algo mucho más extraño.

En el Libro de Isaías aparece una frase extraordinaria.

Una frase que menciona a un rey extranjero por su nombre.

Dice:

“Así dice el Señor a su ungido, a Ciro, a quien tomé por su mano derecha para someter naciones delante de él.”

Es algo único en su tradición.

Porque ese título —“ungido”— normalmente se reservaba para los reyes de su propio pueblo.

Pero en ese texto, un emperador persa aparece como instrumento de la voluntad divina.

Por permitir que los exiliados regresaran.

Por permitir que reconstruyeran el templo de Jerusalén.

Por gobernar sin destruir.

Así mi nombre quedó grabado en tres mundos distintos.

En la historia persa.

En los relatos griegos.

Y en los textos sagrados de Israel.

Pero hay algo más que los siglos no pudieron borrar.

Las imágenes que los propios persas dejaron de sí mismos.

En los relieves de Persépolis y otras ciudades del imperio, los artistas representaron a nuestros pueblos tal como nos veíamos.

Hombres de piel oscura.

Hijos del sol de las mesetas y los desiertos.

Guerreros y nobles cuyos rostros estaban marcados por la luz intensa del Oriente antiguo.

No eran retratos imaginarios.

Eran representaciones hechas por quienes vivían en ese mundo.

Testigos de su propio tiempo.

Siglos después, muchos intentarían imaginar el pasado de formas diferentes.

Pero la piedra conserva la memoria mejor que las palabras.

Y las piedras de Persia aún hablan.

Hablan de un imperio que unió decenas de pueblos.

Hablan de una visión de gobierno que respetaba culturas diferentes.

Hablan de un rey que conquistó ciudades sin destruirlas.

Ese rey fui yo.

Ciro el Grande.

Algunos dirán que fui un conquistador.

Otros dirán que fui un libertador.

Otros dirán que fui simplemente un hombre que vivió en un tiempo donde el mundo estaba cambiando.

Pero hay quienes creen algo más.

Que en ciertos momentos de la historia aparece una mano invisible que mueve el destino de los pueblos.

Una fuerza que empuja a los hombres hacia acontecimientos que ellos mismos no comprenden.

Los antiguos la llamaban de muchas maneras.

Destino.

Providencia.

Voluntad divina.

Tal vez por eso algunos me llamaron de una forma que todavía resuena a través de los siglos.

El dedo de Dios.

Y si eso es cierto...

entonces mi historia no fue solo la historia de un rey.

Fue la historia de cómo el poder, el destino y el tiempo pueden unirse para cambiar el curso del mundo.

Y mientras las piedras de Persia sigan en pie...

mi nombre no será olvidado.

Aviso de Copyright para el Documento: "CIRO, EL DEDO DE DIOS: Historia del hombre que cambió el destino del mundo™."

Copyright © 2026 por Javier Clemente Engonga Avomo.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de copyright.

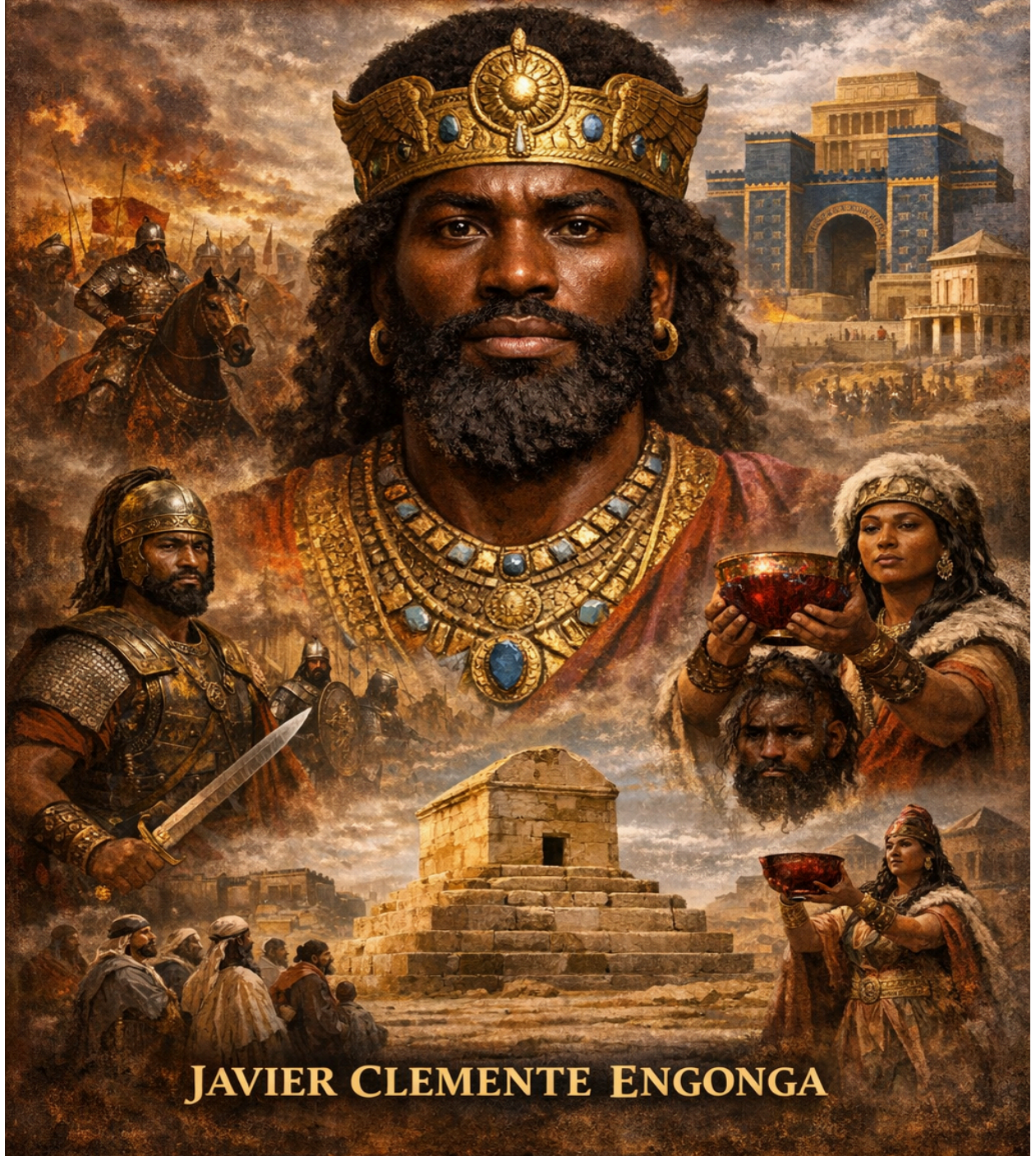
Para solicitudes de permiso, por favor contacte al autor en:

info@theunitedstatesofafrica.org

Publicado por [The United States of Africa Ltd.](#)

Esta obra está protegida por leyes internacionales de copyright. El uso, distribución o reproducción no autorizada de cualquier contenido de este libro puede resultar en sanciones civiles y penales y será perseguido con el máximo rigor de la ley.

CIRO, EL DEDO DE DIOS



JAVIER CLEMENTE ENGONGA